
DAVID HUERTA
LA MANCHA EN EL ESPEJO
POESÍA 1972-2011
VOLUMEN I
cfe

LA MANCHA EN EL ESPEJO

La mancha en el espejo

[POEMAS, 1972-2011]

VOLUMEN I

DAVID HUERTA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2013

Huerta, David
La mancha en el espejo. Poemas, 1972-2011 / David Huerta. — México : FCE, 2013
vi, 1099 p. ; 23 × 15 cm — (Colec. Poesía)
ISBN 978-607-16-1517-6 (volumen I)
ISBN 978-607-16-1514-5 (obra completa)

1. Poesía mexicana 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Ser. II. t.

LC PQ7297 Dewey M861 H872m Vol. 1

Distribución mundial

Este libro está dedicado a Verónica Murguía.

El autor agradece el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

También agradece la ayuda del Centro Mexicano de Escritores,
de la fundación Guggenheim y de The Banff Centre for the Arts.

Diseño de colección: León Muñoz Santini
Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit / Alejandra García Hernández
Fotografía: Luca Marchesi, © photos.com

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672; fax (55) 5227-4694

ISBN 978-607-16-1517-6 (volumen I)
ISBN 978-607-16-1514-5 (obra completa)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

VOLUMEN I

VOLUMEN II

EL JARDÍN DE LA LUZ

[1972]

A la memoria de mi madre
Para Tania, mi hija
Para Vilma

[UNAM, México, 1972]

I

RESIDENCIA

Delgada sombra,
espejos en declive.
Una flor de sosiego
se cumple en íntimo ramaje.
De la fuente del aire
viene esta luz de seda.
Los reinos de la brisa
inauguran su tenue
laberinto. ¿Es la mañana
o el ocaso? Ingrávido
itinerario del instante;
fervores que sostienen
vuelos de pájaros. El polvo
es una opaca reverberación
bajo este cielo
de sentida presencia.
La mirada
brilla en el centro
del silencio.

NOCTURNO

Astillas de luz
en el insomnio palpitante.
Un pulso,
            una sed,
                        una sílaba.
La noche ha sellado
las ventanas.
                    El ojo
que va edificando pesadillas

finge una claridad
en sus torres más fúnebres.
Alta niebla,
                cristales
transfigurados; la voz
teje palabras como espejos
para orientarse
                en tanta
soledad, espejos que reflejan
la íntima desnudez
                de la pupila.

SERENA

Ella se abría, quizá, como los sueños.
En sus manos brillaban cristales memoriosos.
Tú mirabas la noche sobre la seda intacta
de sus labios.
                Tú estabas en el círculo
de la serenidad de su fragancia.
Tú vivías a la orilla de su luz.
Ella se abría, quizás, y de sus párpados
la claridad nacía como una fuente.
Ella fue la quietud para tus ojos.

MARINA

Para Vilma

De apresurada sal o de tardíos
oleajes sublunares se dibuja
el mar amplio de ónice ritual;
se desdobla con leve lentitud,
o fascinado eriza turbulencias
de albura estupefacta y traza signos

en el hondo rencor inhabitado
de la arena y en la inmóvil dureza
de la roca. El mar es deterioro,
henchida y recreada plenitud,
espesura de asombro iridizado.

DESDE EL PUENTE DE LÍQUENES

Desde el puente de líquenes
—delicia bajo el durazno
y el algarrobo. El calor
enarbola en el ámbito del ojo
su hoguera de cristal, el suave
elogio de las frutas henchidas.
Nuestro descanso está en este lugar,
a la orilla labrada
del encendido vaso de la dicha.
Bebemos del aljibe, purísima
donación del agua subterránea.
El mar alza la residencia
de su dominio entre el manglar
—el mar y su profunda
potestad primordial.
En los labios deslumbra el tono justo,
el tono más delicado y luminoso.

LA CLARIDAD Y EL VUELO

Para Henrique González Casanova

La claridad abre las alas;
en su vuelo perfecto
el aire desanuda
la transparencia de la brisa.

Abajo, en el pulso del agua,
el instante refleja
el brillo serenísimo
que se cumple en lo alto.

Orbe de limpia soledad,
materia del asombro,
este puntual acontecer
ciñe de luz a la memoria.

Fuerza de ascético prodigio,
este fervor alado teje
en la desnuda superficie
del silencio su nombre.

Y en la pupila íntima,
en los declives del momento
que este rigor invade
se iluminan las sílabas.

MINUTO

Sobre las ramas,
                         la mañana
se despliega en el aire.
De la profunda claridad,
un pájaro desciende.
El espejo se cubre
de nítidos enigmas:
llaves,
          manos abiertas,
                                   polvo.
Brilla el jardín en la ventana;
al fondo del cristal
                                   aparecen
las señales del día.

El minuto se abre;
en su centro de espejos
vemos las dádivas del tiempo.

AMANECER

Todo lo inventa el rayo de la aurora.
JORGE GUILLÉN

Cunde el amanecer:
polvo que tiembla pálido
a la orilla del día,
esplendor indeciso
en los techos profundos,
claridad primordial
y leve incandescencia.
Qué perfección de tenue
laberinto de espejos,
de murmullos, de calles.
La vigilia enarbola
imágenes pausadas.
Amplio respira el mundo
que se ahonda sin límite.

MUJER CLARA

Apenas la existencia
de su belleza pálida
roza el acontecer
inclemente del mundo.
Desdeñosa y puntual
aparece en el vano de la puerta:
ramo de helechos,
impune plenitud
en la abierta vigilia.

La he visto en un ocaso:
se aquietaba la luz,
pero en la perfección
de su mirada unánime cabían
multitudes de espejos,
cristales, transparencias.

MONTEALBÁN

Para Paulina Lavista

A la entrada, un sombrío laurel
vigila imparcial a los turistas
que han venido a admirar el crepúsculo
entre las ruinas heroicas.
El sol enciende leves antorchas
entre los matorrales,
fogatas ilusorias, reflejos
que se prenden como diamantes
a la vegetación abigarrada.
El valle es un gran prisma,
una desolación que resplandece.
Montealbán se hunde
en la concavidad de claroscuros
del ocaso. Las ruinas
introducen su tiempo en nuestro tiempo:
su vuelo prodigioso
es una señal de las edades.
Nosotros regresamos a Oaxaca.
La ciudad templo
se entrega a su fascinación,
a su pasmo de siglos.
Es más segura
la hermosa cantera verde
en la pequeña ciudad criolla
que la vertiginosa arquitectura

de Montealbán iridizado
a las puertas de la noche.

VISIÓN DEL MEDIODÍA

¡oh mediodía, espiga henchida de minutos,
copa de eternidad!
OCTAVIO PAZ, *Himno entre ruinas*

El mediodía
se angosta, se adelgaza;
enarbola en su cúspide cantiles
desmedidos de luz y distribuye
su acosada sustancia sobre el campo.
Finge una eternidad entre las alas
del instante voraz que lo consume;
iza el hermoso resplandor intacto
de su linaje enhiesto;
se devora
a sí mismo; se recrea y se cumple.

CANCIÓN

O woman of my dreams.
POUND, *Dance figure*

Venías en medio de una danza de ópalos.
En tu mirada la belleza
se hundía como un náufrago.
Suavemente desapareces. Tranquilidad
sobre la tarde. Ahora
busco tu nombre en cuadernos inútiles
y te recuerdo a contraluz
como un cuadro de ¿quién?

EL OCASO EN EL PATIO

1

Perfección del momento
en la serenidad
precisa y convocada.
La tarde va invadiendo
los rincones del patio;
nada mancha el cristal
de la suave mirada.
El día se dilata
en delicia elocuente
y en transfiguraciones
de minuciosa luz.

2

Mas el término llega:
el resplandor se apaga;
aquella luz ardiente
ya es casi una ceguera
que torpemente avanza
y retrocede y gime.
Y los signos que alientan
de la noche levísima
a su vez, invencibles,
borran con duro gesto
los signos de esta página.

EL JARDÍN

> Tarde, esfera incompleta que la luz constelaba…
> José Emilio Pacheco, *Los elementos de la noche*

La rectilínea humedad
que la tarde prodiga

es una memorable sensación
bajo el cielo de ámbar.
El tácito perfume
que despliega el jardín
sumerge a la memoria
en un girar
de transparencia.
Como un oleaje
sellado y detenido
por la luz de la tarde,
el mundo, hipnotizado,
cede a este poderío
que impone lentitud
a las cosas del tiempo.
El jardín, ciertamente,
está ya en el pasado:
hemisferio de existir
abigarrado y mínimo;
herbario de la magia
ante la hondura
de la mirada en vilo.

IMÁGENES DE LA TARDE

I

Bajo la colina
duerme la luz.
Un pájaro inerme
canta
en medio del instante

II

Henchido de su luz,
el día resplandece;
luego, vacila un ciego instante

en la escollera
de su propio derrumbe.

III

El crepúsculo
hace girar
sus estandartes
—rescoldo
de un día que se hunde
tras la colina suave.

LAS VERSIONES DEL AGUA

I

Dilata el agua su garganta clara,
su abismo de frescura minuciosa,
su paladar preñado de figuras,
su innumerable pulcritud, su limpia
concavidad de imágenes secretas.

II

Tersa como una luz
acumulada
el agua abre sus pétalos
en la hondura sin mancha
del aljibe.

III

Agua de los murmullos
laterales
la del bosque profundo.

IV

Oigo la voz pausada,
la temblorosa voz
del agua que desciende:
sus canciones son alas
en el rígido imperio
de la desolación.

V

Materia honda, misteriosa y dura
debieron ser las aguas del océano
para los navegantes precursores.
Para Ulises, quizá,
fueron la perfección de la nostalgia.

VI

Agua de dalias y amurallada sangre.
Agua que crece contra el viento.
Agua que funda ciudades transparentes
en la mano brillante de la memoria.
Agua que adorna el tacto de neblina
de la mañana ilesa.
Amurallada sangre, agua
de rostros y de dalias:
                                        transformación
del agua en sangre amurallada.

VII

Cada instante del agua
es plenitud profunda, indescifrable.
En su tranquilidad,
es recompensa del sediento.

En su furia,
destino de los náufragos.

VIII

Gota a gota,
la melodía del agua
se ilumina.

IX

Mis manos se desdoblan
al contacto del agua;
hilan de transparencia
deseos de fervor.
Oh levísimo límite
entre el mundo y el agua,
latitud imprecisa
para el sueño del tacto!

X

Agua piadosa, honda
inabarcable;
en ladera de líquenes
tus manos sueñan,
se deshacen
y cantan. Lugar
de recóndito vuelo,
límpido y abismal
espejo de Narciso.

XI

Serenidad del agua:
labios que ciñen
imágenes inmóviles.

XII

La sílaba se enciende
sobre el agua,
mínima incandescencia
que se duplica así
en el pródigo insomnio
de la fuente.

XIII

Lámparas bajo el agua,
reflejos de cristal
sobre la seda.

XIV

Follaje y laberinto,
el agua se despliega,
baila en la cima de la sed,
ciñe en lentas caricias
al ahogado,
es vertical en lluvia,
vasta y profunda en mar.

CANCIÓN MARINA

Sobre la arena de la playa,
el día es nítido
como ciertos recuerdos
que ante los ojos de la memoria
son espejos ardientes.
El sol rige el momento
como un dios convocado;

atrás, en la sabana,
una luz inclemente
irisa las ruinas de los templos.
Transparente verano junto al mar,
memorables delicias
bajo los flamboyanes
que resplandecen.
El día se resuelve
sobre nosotros
en una espiral que refleja
el tiempo deslumbrante.

LOS HORARIOS TERRESTRES

Para Óscar González

Sobre la luz que canta el aire brilla
y gira en la memoria sosegada
de las aguas profundas.
Prodigios de cristal, pactos de niebla
en la desnuda frente amanecida;
                    abre su resplandor
un milagro sonoro
y en la sentida cima del instante
se despliega una sílaba de vidrio.
Vasto milagro, día
                    que en el dorso de sal
de este vívido insomnio
abre urnas de fuego,
enciende contra el cielo
sus legiones de pájaros,
prende en la plenitud de la mirada
sus horarios terrestres,
la hipnosis que en lo alto se desdobla.

PAISAJE

Hendida luz en márgenes de polvo,
severidad limpia del aire
en la mano vibrante
del día desplegado.
La lluvia cubre los helechos,
prodiga en la paz
del silencio magnético
su obstinada tersura.
Cantan aves incandescentes
y nacen redes de murmullos
que caen como palomas
al regazo del musgo.
La tarde es un sereno
trazo de Brueghel,
un dorado cristal
sobre los montes.

II

HISTORIA ESCRITA

En vano declararon,
en belísono verso y dura estrofa,
la abrumadora guerra
que infamó sus vigilias.
El tiempo silencioso prodigó
su costumbre de olvido;
todo se fue acallando en esas páginas.
La memoria de las generaciones
pudo salvar apenas
una fecha invisible
y el nombre de un lugar.
Caducidad ingente, cruel pasado,
mellada pieza de museo
son hoy aquel estruendo,

la exaltada contienda
y el campo devastado.
La fiebre de una época
no colmará jamás
la fiebre de los tiempos.

EL TESTIGO

Ciego entre la espesura de la noche
has regresado exhausto,
sobre piedras de luz
y espesos filos de agonía,
a murmurar el precio de tu nombre:
suerte de magia que tu desierta vida
no deslumbra.
Fiel vasallo de labios silenciosos
has ardido lo mismo
en la sombra tenaz y en el luciente fuego;
has saqueado tu vida
y has visto al fin,
entre las ruinas de la noche,
el instante propicio de tu muerte.

A TIENTAS EN EL CORAZÓN DE LA MÚSICA

A tientas en el corazón de la música
me he quedado ciego. Recordé a Flebas
—sus orejas atenazadas por un montón de algas,
sus ojos abiertos que viajaban ingrávidos
hacia la roca tatuada de reflejos,
los peces como ratas alrededor de su cuerpo
y los brazos y piernas derruidos
por el piadoso comején submarino.
A tientas, en vilo entre las constelaciones,
he creído que la garganta me estallaba

y que la sangre gemía y resplandecía
en un incendio de espirales.
Oí canciones en el jardín de los cadáveres:
canciones como caricia de narcóticos.
Pensé en el sueño doble de Rrose Sélavy.
A tientas en el corazón de la música
sentí la magnética y muda palidez del hambre
y vi el trono de la sed recamado de líquenes.
Caminé por un lugar de adormideras
y me puse los guantes de las pesadillas.
En el enardecido resplandor de los oídos
hormigueaban los sueños como penachos rotos.
A cielo cerrado, en la garganta,
bailaban las palabras y las sílabas.
El corazón de la música latía
lleno de sangre iluminada.

EL CORREDOR DE DISTANCIAS

Para Marna Vázquez

El corredor de distancias
es como una ola
ingrávida y esbelta
sobre la superficie de la tempestad.

Piensa en Bikila, el inmenso,
y en Zatopek, checoslovaco;

pero sobre todo piensa en el tartán,
esa otra forma de los cielos
en la que su fatiga laboriosa
se sumerge nostálgica.

El corredor de distancias
ve crecer musgo
en las orejas de sus rivales.

Tiene la voluntad de Ícaro
cuando discurre sobre la pista;

la memorable decisión
de Alejandro de Macedonia
cuando rompe, triunfante,
el hilo de la meta.

VAMP

Resonante y mundana
teje la insidia en su contorno;
planta las reverberaciones del engaño
en todo lo que toca.
Es atroz, ofensiva, enemiga.
Circeanamente dispone
la eterna mansedumbre
de los que, ávidos, la acechan.
Fragua en la intimidad
un laberinto oscuro
para el amor que se le ofrece.
Su voz pausada es una telaraña.
Su mirada profunda
la entrada de un infierno.
Su belleza incesante
es guillotina.

ANATOMISTA

… el anatomista no tiene por qué dar un juicio estético
sobre el cuerpo colocado en la mesa de disección …

SIMMEL

Sabio con manos como alas. Incide, disecciona.
Abre el hermoso cuerpo
de la muchacha

—caderas tan perfectas
que la sombra no mancha
su transparente carne.
“Ella es la luz que ya no veo
en el horrendo cuarto de la Prisa”,
piensa el anatomista sudoroso
destazando afanosa, puntualmente,
esa nítida,
limpia carne sedosa.
La muchacha es tan bella: Rubens
hubiera copiado sus facciones,
el gesto exento de sonrisa.
El celebrado, el famoso anatomista
aguza la feliz contemplación
hasta volverla ciencia.

EL SANTUARIO

A la memoria de T. S. Eliot

Exordio

Un hombre inacabado, un hombre sobornado
danza en el goterón de azufre de la desesperanza.
Emerge, ciego y sordo, como un reptil escaso
de un profundo santuario de zafiros;
mientras la sucia doncella oficia aquí,
en la recámara de un hotel derruido.

I

Y Arturo dijo *basta,* no puedo más,
tengo el horario metido hasta las venas.

II

A estas horas nadie visita ya el zoológico;
tú me dices que así es el manicomio;

tú me lo dices, mientras yo veo a los animales
que pacen paranoicamente su instante perdurable.
La jaula está llena de migajas y excrecencias:
la sola Ración del rencoroso
que martillea incesante los barrotes.

III

Mayo azotó el edificio de nuestro departamento.
A la mañana siguiente,
al mes siguiente, a la vida siguiente,
yo abordé el autobús, el oscuro navío
que sin misericordia ha roto
la voluntad en mi alma, el pobre sueño
que tuve y no recuerdo.

IV

Tierra ingente.
En medio de la tempestad compartimos el miedo,
la blanca desmemoria de una delicia pálida.
Arracimados, sin descanso,
llenos de enfermedad hasta los tuétanos,
dolíase nuestra piel. El alma rota,
sin voluntad, buscaba
un destino, acaso una miseria,
para vivir a solas.

V

Y él dijo basta, no voy a ir,
no voy a regresar, no voy a ir, a ir.
Isabel lloraba en el rincón de la sala
y los niños desordenaban la cocina.

VI

Trasgo alas demonio de marfil
arco iris de nervios en un sueño de opio
las ideas como ratas de luz rompiendo la cabeza
abriendo la urna y el baúl y el sótano
la escalera el descenso trasgo demonio alas
aquí la ceremonia bruscamente un espasmo
dadme lo que no tengo y lo que tengo
dadme lo que no tengo
ceremonia azul en brazos del océano del sueño
entré en el protocolo
de algún orden angélico
y luego descendí por teas esquizoides
hasta la horizontal cloaca del montevideano
trasgo alas demonio de marfil
mi voluntad mi alma se rompieron
y nada pude ver con atavíos minerales
en lo profundo de un santuario marítimo.

VII

Está enferma, dijo el doctor. Ella,
postrada en un sillón maltrecho
apenas puede hilvanar alguna frase desoída.
En el espejo del baño
se guarda la imagen del principio:
la sonrisa de los 22 años, la premura,
el atareado escándalo, la risa,
la tristeza. Pero *está enferma*.

VIII

Una magia süave nos rompe las arterias,
desarticula el centro de la desecación

y la órbita desnuda se crispa en el corazón
del solsticio. Desfiladeros, abismos,
la periferia del ametrallamiento,
la furia que se enciende sobre un lazo de hierro.
Paredes tangenciales y quebranto
y el aniquilamiento. La luz que gira
como la pluma de un azor desgarrada;
fulgores como joyas en el cabello de la diosa.
Busco alguna señal, un signo solamente.
En lo más hondo exploro:
entre la angustia silenciosa,
entre disminuciones imperceptibles,
entre el dorado musgo y entre los alfileres
de la Dama. Entre el escombro
que resplandece bajo la estatua de ceniza.

TESTIMONIO

No hubo piedad para la luz.
En lo más hondo de la desesperanza
dolía esa tarde el miedo.

El abismo del aire
fue un tatuaje de llamas,
un brusco vértigo de ráfaga.

Sobre los labios de ceniza
brilló como un cristal
una limpia blasfemia
y en la garganta atroz
florecieron las súplicas.
De súbito,
el ciego arrasamiento
giró sobre sí mismo;
la tarde se detuvo.

En la yerba ruinosa
creció la inolvidable
cicatriz: guirnalda
de silencio que arde
inscrita en la memoria
de aquella rota claridad.

EL CUARTO DE LA INFANCIA

Entras calladamente
en las habitaciones de la infancia
y recuerdas
el apagado juego solitario
contra la tarde rota.
Irma dirá de nuevo
que nada importa ya
y que estás acabado.
Y el cuarto de la infancia
te hunde
en la zozobra
de no tener ninguna certidumbre,
salvo la de que estás
entre los perdedores.

EL OTRO

Alguien me llama a solas y respondo
en medio del instante calcinado.
Alguien así me llama, alguien acude;
me rompe la garganta y me consume
con sus dedos de sal enardecida.
Acaso alguien, al asedio, gime,
y solamente acudo y me pregunto.

MALOS TIEMPOS

Malos tiempos, horror y desencanto.
Parques, extensiones
en que de súbito apareces,
lenguas en que respira la agonía.
¿Cómo decir mejor
esto que hunde sus luciérnagas
en la carne del alma?

LA TARDE Y EL CIPRÉS

Herbazales bajo el ciprés
contra el que pálida
la tarde se destroza.
Aprende a ver
serenamente
la sabiduría de los tiempos,
la irremediable huella
de esto que medra con insidia
bajo las apariencias.
Mira bajo el ciprés
la yerba fidedigna
que acompaña,
con orgulloso ánimo,
a los despojos de la tarde.

EL RENCOROSO

El rencoroso mira, tuertamente, la noche.
¡Qué días del pasado en que así prodigaba
la estupidez todo el amor del mundo!
"Hay que saber administrarse", repite el rencoroso.
Administrar los buenos días, la ternura,

el pase usted, la sífilis, la excepciones
tanto en el orden fisiológico, como en el orden
moral-sentimental. El rencoroso
es ya un hombre íntegro: tiene energías
para otorgar y recibir. Alguna vez,
durante aquella triste época en la que compartió
su vida, conoció la premura; también
la dura suerte de los desengañados.
Hoy, satisfecho, se repite:
"Solamente hay que saber administrarse".

EL SUEÑO DE LA CIUDAD

es más hermoso el sueño de la ciudad que el mío.
JULES ROMAINS, *Je suis un habitant de ma ville*
(traducción de Enrique Díez-Canedo)

Esos personajes astrosos, levemente horribles, que medran bajo los portales de barrios misérrimos. Figuras tambaleantes o rotundas en su heterogeneidad indumentaria, que aparecen y desaparecen mágicamente en los zaguanes de Peralvillo, o bruscamente iluminan las abigarradas banquetas de San Juan de Letrán, el dominio sombrío de la Colonia Guerrero, la desvencijada calle —única y diversa— del arrabal arquetípico. Actores en busca de un director imposible, metáforas a la vuelta de la esquina; carne de presidio, siluetas para los aguafuertes de Giambattista Piranesi. Los veo y me pregunto en el confín de esta luz de ceniza si el sueño de la ciudad es más hermoso que el sueño de los hombres.

SUEÑO DIURNO

La luz de otoño
prende sus emblemas
en el cristal de la ventana.

Las manos y los ojos
buscan, bajo este resplandor,
la sustancia del tiempo.
Navegación de lento
itinerario, leves
exploraciones
al torso de este día.
En la fiebre
de las cosas más próximas
abren sus espirales
los dorados inventos
de la imaginación.

VISITACIÓN

Es largo el frío
en esta hora;
largo, emboscado
sobre los territorios
de la noche perfecta.
La oscuridad
es una ciega extensión,
un reino soberbio
y fragmentado.
La noche
es un claro lenguaje
escrito en el abismo
de estas ruinas inermes.

MEMORIA DE LA NOCHE

Anochecer.
                    Labios traslúcidos
que el insomnio
ha sellado.

El tiempo
abre su vuelo
en la sorda tiniebla.
Mas todo pasa
afuera
en esta noche fría,
memorable.
Tú buscas
bajo la ardiente
y cegadora
fosforescencia
del recinto
la sílaba
que descifre
las líneas de tu sueño.

III

EXPLORACIONES

Pulso, fervor. La mano del que busca se hunde en torsos de luz; rescata del más árido silencio una cárcel de polvo. Agujas de neblina en el acoso del minuto impalpable. Exploraciones, días como afrentas; la mano que ciñe sueños claros, dádivas calcinadas, ominosos naufragios.

En la muda intemperie, estandartes de tiniebla. Se encienden muros, el desgaste despliega su avidez. De la cóncava ruina viene un sombrío linaje, un puntual deterioro. El tacto transparente busca bajo la emanación de signos de la pupila en sueños. La noche es una lúcida expiación.

Así la dársena reúne sus vivas navegaciones. Los flamboyanes agitan su incandescencia. Hay espigas ornadas de reflejos que el asombro ha tatuado. Abrazos en las habitaciones de coral de la bahía. Marfil

marino en la fuerza obstinada que esculpe estaciones de vidrio. Fiesta, comunión, semejanza.

Vuelos que abren salones de larga claridad. Guirnaldas de ceniza sobre el agua. El verano se mira largamente en un espejo aterciopelado; prende sus lámparas en cantiles de seda. Rocas de la montaña como estatuas que arraigan en los declives de la brisa, diurnas elevaciones que deslumbran.

EL CREPÚSCULO ARDE

El crepúsculo arde
inmensamente
sobre el mundo obstinado;
agita
          en la cóncava
hipnosis del minuto
su esplendor,
la sombría
magia de su despliegue.
Fosforescencia,
emblemas calcinados.
La soledad se hunde
en su propio
                    murmullo.
Sobre el pausado
acontecer del aire
el tiempo se consume.
A la orillad de tanta
serenidad
algo roto se crispa,
avanza, gime
a ciegas.
                    Alguien
pregunta a solas.

CONVERSACIÓN EN ADROGUÉ

En la abigarrada biblioteca, el niño repasa volúmenes espléndidos y conversa con fervor de sabio sobre algún tema oriental. No sabe quizá que el anciano, distraído, apenas lo oye: él mismo leyó, hace ya tiempo y con idéntica devoción, aquellos libros; y acaso ahora medita en la noche que lentamente domina el espacio de la finca o en la tarde que fue de oro y él no pudo ver.

ELOGIO DE LA SOMBRA

> Esta penumbra es lenta y no duele; fluye por un manso declive y se parece a la eternidad.
>
> JORGE LUIS BORGES

Regresas para hundirte
en los hábitos
de la noche terrestre:
ciega concavidad
en que todo
se rompe o se disloca
o magníficamente
se ilumina.
Al instante encarnado
de tu vuelta
te conducía el severo
destino de los días.
Aquí fue tu mirada
una costumbre,
un impensado acto
cotidiano.
He aquí el lugar,
los muros, los objetos,
el pasado que arraiga
en la memoria oblicua.

Todo, quizá,
es un poco diferente.
El tiempo silencioso
ha exaltado, es en vano,
algunas cosas.
Llaneza y pulcritud
en el sereno ámbito:
esa es la realidad;
realidad que en tus ojos
apenas insinúa
una secreta clave,
un vocablo inasible.
Este es tu centro.
Pronto sabrás
quién eres.

ESPEJO

El rostro sucesivo
arde en la tenue luz
del espejo entrañable.

Brocal de la agonía,
claridad que dirime
laberintos y enigmas
de la vigilia numerosa;

el espejo de sed,
el espejo de sal,
el cristal serenísimo

sobre el que arden
los gestos de ceniza
del entrañable rostro,

los pálidos emblemas
del desgaste,
la señal minuciosa
de la edad.

NOCHE VORAZ, INVICTA

Noche voraz, invicta,
estría de ceniza
en las reverberantes
redes del insomnio.

Noche del mundo,
el ingente abandono
cubre tu demasía.

Noche de misericordiosa
perfección,
larga concavidad
de imágenes opacas,
de sed punzante
y collares de niebla.

Noche de sándalo,
saciada de mirar,
sobre ti misma,
el denso espejo
de tu oscura memoria.

ACASO ENCIENDA

Acaso encienda el estado de sitio
sus estandartes baldíos, la muda
circunferencia en que se yergue atónito.

Pero es la soledad inmensamente
—la encarnizada máscara de hielo,
sus anillos ingrávidos de sombra—
y nada ocurre al fondo del minuto.
Así me escuche preguntar absorto
nadie responderá; ni me conozco
en el vaso de polvo, en el umbral
de esta severa oscuridad sin labios.

ESCAPARATE

I

Siempre el rigor, la estricta vestidura
de la palabra en manos de la música;
el vaso en que se cumple este sonido,
la suave sal del verso y de la sílaba
que ciñe a la premura de la mano
su intacta ya, perfecta resonancia.
Ah entrada perdurable! Dilatada
presencia de la luz en la garganta.

II

Luces voraces, mudas y quebranto.
Te busco iluminado en el insomnio,
en la explorada huella de la rosa.
Nada aquí me demora, pero a tientas
te celebro y te canto y te develo.
Lengua de frío tacto a fuego lento,
sobre la arista viva del recuerdo
más próximo te enciendo, te dibujo.

III

Hipnosis, claridades en el denso
narcótico del frío y desmesura

de la noche esperada. Vuelos nítidos
sobre la seda yerta del ocaso.
Y aún desciendo atónito y te busco.
Y aún, ciego de arena que demora
el oleaje insaciable, exploro aquí:
círculos del santuario y de la ruina.

IV

Desolación invicta que prescindes
de visibles horrores y ornamentos.
Sin llanto ni desdén, central y amarga;
azor alto y vacío que se engasta
—como una joya inerme y poderosa—
en la cima profunda de la tarde.
Nieve sobre los párpados heridos,
desolación, ya polvo minucioso.

V

(postal de Campeche)

Cielo del canto y redes de la magia
entre los flamboyanes y los musgos;
lúcida preeminencia de la sangre
en dominio elegíaco. El sol
entreteje las aguas de la danza
con el cristal ardiente de esta luz
y enciende los elogios. El horario
del entusiasmo fiel gira en el aire.

VI

Arúspice enjoyado en la vertiente
de la hora violeta y la encendida
pulcritud de las almas. Ceremonia

que en ti comparto, larga pesadilla,
y a una voz corruptible entrego ahora:
aún, aljibe heráldico y saeta,
ciego hasta el hondo estanque humedecido,
en tatuajes de luz y de agonía.

VII

A Eduardo Lizalde

Puño de luz el tigre en el recinto.
Entro como en un sueño, ya descalzo
de mi nombre y mis días. Arde el tigre
como una rosa indemne. El miedo sella
con círculos de azufre la garganta.
El tigre arde, lúcido y sereno.
Yo sufro la impecable simetría
que Blake alucinado celebraba.

VIII

En cuartos sucesivos me detengo
y desentierro lámparas y urnas;
en algún sitio estás y me deslizo
sobre el filo de un pálido descenso.
Calendarios, labrados epigramas
de la diaria tarea. Los anillos
de niebla y tu silueta entre los parques
encienden una sílaba perfecta.

DESCENSO

Las teas parietales del descenso
tejen su luz de cúpula desierta
en la red alveolar de la pupila.
Aquí hundo mi cuerpo alucinado;
aquí conozco el gozne de ceniza

para el trazo y el vuelo de la suave,
helicoidal premura de la idea.
¡Oh atavío de la tarde subterránea
bajo un helado vértigo de espuma!
Aquí, escaso, pálido y callado,
abro el marfil de tu pregunta y sueño
con la resplandeciente rosa intacta.

EL OJO DEL SUEÑO

1

El ojo del sueño
atesora paisajes
que sólo el corazón
explora,
paisajes puros
en la balanza
de la inmaculada
eternidad.

2

En este fondo de sueño:
dagas, puñales soberbios
afilados
en la herrería de la luz;
fisuras para asomarse
a los paisajes
de la noche baldía.

3

Desde un brocal de sueño
se ven

galerías de agua,
urnas de humo,
fundación de ciudades
al borde luminoso
de la perduración.

INTERROGACIONES

Musitaciones,
transparencias:
                              la voz
que sostiene el instante
es una sola
                         admirativa
consagrada pregunta.
¿Fervor,
                 sed,
                      poderío?
La memoria
                    es un pulso
de niebla
bajo la soledad.
Las interrogaciones
agitan sordamente
frente al espejo
                              circular
su vívida fosforescencia.

SEÑALES EN EL MUSGO

I

Nada se oye en este sitio
sino el andar levísimo
del alma:

lentos pasos de niebla,
señales en el musgo,
polvo angustiado
entre el silencio
de la severa plenitud.

II

(un ópalo)
Arde en la mano
como un fulgor
de otras edades.
Dentro de él
hay bosques
y hondas estrías
de fuego.

III

Imagen
sobre imagen:
el fuego
ha tomado
la forma
de tu sombra
bajo la luna.

IV

La luna vibra,
serena y perdurable,
entre la indecisión
de los follajes:
limpia almendra de plata
en río de ceniza.

v

(la mañana)
La claridad
es tan cierta
que se distinguen
los rasgos del aire
en la mañana serenísima.

EL CEMENTERIO

El aire claro
desciende
sobre el jardín.
En la luz
de la tarde
que se desmaya,
vanos mármoles
parecen irse
a pique.
Lo que dijeron
las inscripciones
—hoy ilegibles—
poco importa.
Tanto amor
encendido;
tanta bondad
a ciegas;
tanta y tan calurosa
compañía
aquí nos faltan.
Tal es
la justa paz
de las raíces.

ELEGÍA

> Hay olas como árboles difuntos,
> hay una rara calma y una fresca dulzura,
> hay horas grises, blancas y amarillas.
> Efraín Huerta, *Declaración de odio*

Enardecida, la tarde
Extiende su reino
Sobre el obstinado rumor
De la Ciudad de México.

El viento borra las secas lenguas
Del calor desolado:
Como un reptil lustroso
El sucio aire se agazapa,
Se esconde entre los pliegues
De la compacta hora.

Un árbol prodigioso
Coloca su follaje resonante
Entre el dorado murmullo
De los barrios:
Caseríos semejantes a carabelas ávidas
Que tocan puerto
En los maderos amarillos
Del crepúsculo.

Nada sucede: todo atesora
Su murmullo, su ruido fraternal.
Todo se queda suspendido
En la calmosa techumbre
De la tarde. Nada sucede;
Nada nos pasa por el pecho.

Luego, conocemos la noche
Llena de negras hambres,
Tocada por miradas funerales;

Instalando los sueños, las raíces lunares
En la boca crispada.

Conocemos la noche
De formas implacables,
De sílabas sangrientas.
Conocemos la noche
Y su diadema terrible
De ojos resurrectos.

Luego,
Nos crece el alba entre los párpados.
Un tallo añil asciende
Entre los labios,
Por entre la fisura ansiosa
De las bocas. Amanece.

Entonces vienen horas como palomas,
Instantes ciegos como alondras;
Vienen minutos voraces
Y mediodías como arpas
Entre ruinas.
Viene la esperanza.
Nos aborda otro día por los costados.

Y de las lágrimas,
De la intemperie,
De la garganta adolorida
Sacamos las palabras
Como viejas monedas.

TRÁNSITO

Pétreas elevaciones
                                        de la noche.
Crece la oscuridad ojos adentro;

siembra espejos opacos
en la tenue extensión
de la pupila.
Y en el silencio
de los párpados
una raíz de polvo
hunde ágiles redes.
La noche
abre las manos.
Apariciones y desvanecimientos.
El insomnio
es un desierto magnetismo,
una cóncava celda
recamada
de sal, un cantil
cincelado por la fiebre.
La noche desdibuja
su propio curso,
erige
en sus propias orillas
la sorda obstinación de su desgaste.

ITINERARIO

En el aire se enciende
la difícil asfixia.
El instante
ya gira
—vemos la otra cara
de la moneda;
una desierta luz
domina.
De tu sola tristeza
vienen claras
las visiones marítimas:
ya deslumbra

la traslúcida sangre
de la puntual memoria:
El ocaso
tañe sobre la arena
de la playa
sus canciones de sal;
después viene
la brusca noche,
vienen sus pálidos
venenos.
El instante gira;
Chisporrotean los goznes.
La madrugada prende
sus hogueras opacas.
El aire es claro;
tus manos
van entrando
en la desierta luz
de las heridas.
La asfixia
se enciende. El instante
se despedaza
contra el ojo
y la fiebre
irradia,
hinca su máscara
de escalofrío
en el rostro,
cubre
la orilla de la mano
con su fulgor de ámbar.

CUADERNO DE NOVIEMBRE

[1976]

A Paloma

[Era, México, 1976]

Hay una menuda profecía en la pared más pobre del aire,
los muchachos despiertan en otro sueño, deslizan sus manos
    irreales bajo los utensilios de la costumbre,
dicen palabras enormes y amarillas, muerden los alimentos que
    surgen del instante
más nutritivo y terso del otoño, en la luz “de la época”.
Cosas breves y espléndidas, frases que se alargan secretamente
en medio de fiestas cocinadas en la penumbra de no moverse,
recipientes que el sigilo selló,
ínfimos brotes, apariciones en una superficie desconcertante:
estas “nobles realidades” conmueven al caballero esparcido
en el muelle de no moverse, en los licores de lo fijo,
fascinantes vuelos, inmóviles ruinas, momentos que bastan como
    piedras para cimentar las vacaciones terribles
de un fantasma que toma el sol en nuestra boca, azaroso.

El día civil está aquí retorcido, es una cosa deliciosa de ver,
un apacible monstruo, un cartapacio lánguido.
Es oíble el pasaje de allá a ahora, incrustaciones de espejo
    lo devuelven
a su túnica hueca, sus heridos aceites. Pero el día sabe más que
    nosotros, es un follaje distinto,
tiene jardines nobles, primaveras escondidas en sus brazos
    de fieltro;
instrumentos, pastillas para la cirugía de lo que no se nombra,
escaparates de exaltación para el pecho sutil de los inquietos,
rincones de áridos cuerpos, colecciones de cabelleras evidentemente
    atroces,
objetos tristes que nos derrumbarían.
El día atisba el pasaje, el ciudadano se disuelve en el traje de su
    humo meditativo,
y la artesanía poca de no moverse rodea todas nuestras preguntas.

¿Qué debería suceder en la cascada de reposo? Miraremos
el encerrado círculo, la figura ceñida: no es suficiente,
es necesario que subsista la astilla, si no la casa entraría
en la cerámica de no moverse,
en sus tinturas turbias, en su verano sordo.

¿Cómo es el nictálope, cómo? Tiene cubos, aristas, cabello, sangre
de ojos en los ojos, y en el mirar
que atraviesa la selva de moverse como una avispa perforaría
las baldosas de la nariz moral.
El nictálope sabe, sufre o gime, siempre igual, en su techo
de lumbre, en su sello de tibia guitarra,
con los brazos abiertos a su sangre de espuma, con los ojos
fundidos en aquello que ve, y mientras ve tartamudea.
(Pero hay cosas que interesan a las señoras de espaldas oceánicas
y de eso se habla sólo reticularmente;
de eso se habla sólo en la espesa colisión de la madrugada
y en las congregaciones de la voz baja;
porque ahora no es la blanca sombra de lo mullido-claro
lo que nos interesa, sino el juguete de la perduración,
la risa de una piedra, las inclemencias y los destellos negros
de la palabra *no.*)

Esto es lo severo, el apretado anillo: el rigor de asfixia y quemadura
que arrastra lo perfecto,
los transcursos armónicos y el tintineo borroso del arpegio:
pero estos asuntos tienen jardín aparte, pacen vidrios quemados,
ingieren sus imágenes repletas con bonhomía y "respetuosa distancia",
devuelven sus transformadas y fecundas imágenes con gesto
y aplomo peligroso
de tiranosaurio discursivo: Esto no, estas imágenes
tienen su propia provisión, su boca celestial,
su estómago civil; estas imágenes
cultivan sus pastos perfectísimos en declives de luz invicta
y *cegadora.*

Magra película de no moverse, apenas en el sueño
de una palabra que posee puerta de diccionario, y es la palabra *mismo.*

Pero hay algo en otra voz, una palabra enemiga de esa que no
repetiremos y que está ahí colmada
en su festejo de mercurio; contra esa palabra de léxico infinito
y lumbre de espejos ensartados,
escribiremos hoy esa otra palabra, la que se oye, y provoca
la preocupación y la angustia enfermiza que todos conocemos en el
reino extendido de no moverse;
ésta es la palabra equívoca y unánime: la partícula *se.*
Hemos tocado la arcilla de esta palabra tantas veces; nadie diga
que no, porque no resonara fielmente esa palabra.

Alguien despierta de su sueño, se acerca a los pedazos de su sueño,
pero encuentra intacta y desmedida esa palabra: se despierta,
despiértase.

Después, alguien siente que a la vuelta de la esquina está la fiera
de no moverse.
Pero esta historia es difícil de contar y pronunciar como ciertas
palabras,
resonantes, llamativas, tremebundas e ilustres palabras: óbice,
iridizado, metalurgia.
Esta historia, no obstante, se esconde en una fibra de la menuda
profecía
que está ahora, sin que nadie la note, sin que ni el vaso ni la sandalia
de percibir la rocen,
sobre una pared, que es la pared más pobre del aire: ahí quedó.

En la ciudad de nuestras manos una persona se ahoga, manotea,
levanta polvo, se encrespa y llora. ¿Quién es?
En los vocabularios de la letra se esconde, huye y se enferma,
convalece sin término, pero sigue huyendo,
otra persona; y las máscaras verdecen. Algo se nos oculta.
¿Pero qué es? En los renglones de una lámpara, en la corteza de una
chispa,
en las minas de oro de una micra, una persona descubre toda su
sangre fuera, toda su página de nervios
fuera, allá: en la sequía de no moverse.

¿Cómo ha ocurrido? Tantas preguntas y cómo salir de ellas, de estas
calles también,
de la nimia y sorda, inacabable ciudad Misma;
de las olvidadas disminuciones que rige la penumbra, cada rincón
de nosotros puesto en el fuego
de la apuesta, en la risa o "en la desolación";
o quizá preguntárselo al nictálope, que se encierra ahora
en una derramada, lluviosa cabina de teléfono, hablando a quién,
diciéndoselo todo.

Yo volvía entre la magnitud confusa, rodeado por la sombra
del reino, por el minuto que pasaba
con sus naufragios y sus tintas,
esperando las reanudaciones de la noche,
la fijeza de la misericordia y el color de la tarde;

regresaba con una delicia de animal, suspendido en el tamaño de mi
persona y enmascarado

por un gesto borroso, murmurando mis pasos
en el paisaje de los nombres, asombrado del polvo y acogido
a la voluntad de la luz que dominaba,
pero el desconcierto de ese caminar ya era un principio de ruido
oscuro y acechante,
una cosa torcida vigilando por las orillas, en el borde infinito
de lo que se mezclaba *abajo,*
inalterablemente: esa taza, el objeto inclinado contra la ventana leal,
el sabor del aire en mis labios y mis cabellos irreales
detrás de la veladura del tiempo,
pero eso no estaba ahí,
yo no recuperaba mis adustas regiones, era otro el que determinaba
el túnel de estar ahí,
otro el que se detenía y observaba,
con una lentitud parecida al océano, la mutación y la llama de lo
que establecía su quebrada sustancia,

se articulaba y hundía en ese lugar inconsolable, otro
el invitado, mis posesiones ardían y mis instrumentos estaban
perdidos en la soledad más tenue de la ceniza
con apariencia de mar, no había “ni brizna de ti, oh lúgubre”,

aquello era un brazo de cristal, un anillo de papel, extraviado para
siempre de mí y yo de ellos,
mientras mis ojos ausentes develaban horas inhabituales
y los renglones de mi cuerpo temblaban en la arena de lo desconocido,
ese pabilo de enigma, esa raya, esas agrupaciones de ilesa memoria,
ese clima de espumas profundas,

pero ese mecanismo que yo era estaba ahí también, junto a los otros,
en una playa ligera y sin sentido,
y esa playa era el sitio y era el minuto que pasaba ahí,
que ocurrían “convergiendo” sobre mis facciones lastimadas por
el roce ardiente de la inexistencia,
todo era como teclas de cera, como pulsación de ciego y hambre
de insectos,

era la sed inagotable, la fisura del frío sucesivo,
una irresponsable agitación que sobrevivía en la inquietud de los pies
como el escozor de la huida frente al arma de fuego
y como la sonrisa en un charco de luto, prisionero entonces en el aire
que me excluía,
cancelado por el vacío que germinaba sofocante, yo decidí alejarme
sordo a las escasas reconvenciones de lo real
y me abrigué y salí, fui a la calle y quise encerrarme en los
aturdimientos de la ciudad.

En los corredores de obligada penumbra,
en las bodegas de sombras leales e impenetrables,
en vastas zonas deterioradas como la noche en la ciudad,
veo algunas veces la trayectoria de meticulosas lastimaduras.
(He observado cómo el otoño da vuelta a las cosas, les devuelve un
color de olvido y pesadumbre,



LA MANCHA EN EL ESPEJO ES UNA COMPILACIÓN DE LIBROS DE POESÍA ESCRITOS Y PUBLICADOS A LO LARGO DE CUATRO DÉCADAS. SU AUTOR, DAVID HUERTA (MÉXICO, 1949) —PROFESOR UNIVERSITARIO, ENSAYISTA Y PERIODISTA, ADEMÁS DE POETA—, HA DEDICADO LA MAYOR PARTE DE SU VIDA A LA LITERATURA. ESTE LIBRO MARCA UN HITO CARDINAL EN LA OBRA DE HUERTA: COPIOSO TESTIMONIO DE TRABAJO SOSTENIDO.

ISBN: 978-607-16-1517-6
9 786071 615176